

LIBROS

Juan Pablo Villalobos
EL PASADO ANDA ATRÁS DE NOSOTROS

Mariana Enriquez
UN LUGAR SOLEADO PARA GENTE SOMBRÍA

José Antonio Piqueras
EL ANTIESCLAVISMO EN ESPAÑA Y SUS
ADVERSARIOS

María Baranda
DESLUMBRANTES CAMPOS DE HIELO

María Negroni
LA IDEA NATURAL

Ugo Pipitone
EL ARTE DEL GOBIERNO. CONFUCIO, NIZAM Y
MAQUIAVELO

Michael Reid
ESPAÑA

NOVELA

Un thriller doméstico de la vieja escuela

por Julián Herbert



Juan Pablo Villalobos
EL PASADO ANDA ATRÁS
DE NOSOTROS
Barcelona, Anagrama, 2024,
256 pp.

Una moda en el ámbito literario mexicano es mandar a la chingada la técnica. La idea me da un poco de risa. En parte porque no encuentro diferencia entre los adalides de causas sociales que asumen esta postura y las víctimas propiciatorias del capitalismo salvaje que se dedican a pergeñar *fan fictions* con síndrome de *influencers*. En parte también porque quien desdeña la técnica desdeña implícitamente la mentalidad del artesano, y eso conlleva algún tipo de clasismo poco sustentable. En cualquier caso, tengo la convicción de que la técnica literaria puede ser una

escuela del inconformismo en sociedades donde el megáfono se convirtió en escuela de la estulticia.

La novela más reciente de Juan Pablo Villalobos, *El pasado anda atrás de nosotros*, me parece un ejemplo de sabiduría técnica, una lectura estimulante para la cultura narrativa del México actual. Villalobos se inconforma, entre otras cosas, con el relato semisalvaje que otros autores hemos hecho del país. Donde algunos vemos corrupción, narcoviolencia y resentimiento histórico, Villalobos prefiere enfatizar la mimesis de minúsculos agravios: la imposibilidad de abrir al mismo tiempo dos grifos en la casa paterna sin que se esfume el agua caliente; el consumo casual de comprimidos hipnóticos cuya composición, más que ilegal, es ignota; cuentas bancarias que se transforman en espectros neorrulfianos por culpa de un link roto en un *smartphone*; cantinas *hipsters* y cervezas artesanales y exnovias de juventud estragadas por el provincianismo, la adulteración, la decadencia.

Reducido a pocas frases, el argumento es este: Juan Pablo, un hombre de mediana edad que vive en el extranjero, regresa a Lagos de

Moreno, su pueblo natal, para hacerse cargo de un costoso procedimiento médico para su madre. En el transcurso de esta visita, el narrador se reencuentra con personajes de otro tiempo, entre ellos Everardo, el clásico *bully* que hostigó su adolescencia, y Berta, una exnovia despietada, amén de los consabidos padres ancianos y achacosos, cuatro hermanos juzgones, un mejor amigo de la adolescencia convertido en empresario y, por todas partes, una atmósfera de estafa que parece a punto de engullir la realidad. En las primeras páginas, Everardo y Juan Pablo tienen una confrontación que termina medio a golpes y entre amenazas vía WhatsApp. Pocas horas después, una muerte inesperada levanta una ola de chismes y sospechas alrededor del visitante, quien termina por ser, para la gente de Lagos, a medias un forastero y a medias un niño de pueblo que nunca creció.

Aunque la cuarta de forros presenta la novela como una autoficción, lo cierto es que Villalobos hace escaso énfasis en ese aspecto del relato: ni siquiera el nombre de pila del protagonista es usado con frecuencia, y prácticamente todos los datos de su

vida y oficio en el extranjero, lejos de la pachorra jalisciense, son abordados en forma escueta, casi invisible. Si tuviera que enmarcarla en alguna categoría o subgénero, diría que *El pasado anda atrás de nosotros* es un *thriller* doméstico de la vieja escuela. Me resulta difícil leer en forma aislada cualquier tipo de texto (vivo mentalmente recluido en mi biblioteca), así que trataré de abordar en forma esquemática las conexiones que percibo entre la pieza de Villalobos y otras novelas mexicanas —y alguna brasileña.

La noción *thriller* doméstico (el experimento de aplicar las convenciones de la novela negra y policial a enigmas familiares o comunitarios que carecen de una traza clara de criminalidad o violencia) me interesa. Eduardo Villegas Guevara lo intentó en 1989 a través de una novela corta y lumpen injustamente olvidada: *El misterio del tanque*, un relato con fallas formales y de edición, pero cuya puesta en escena me parece original e interesante. Existen pasajes humorísticos de *El pasado anda atrás de nosotros* (por ejemplo, unos cuantos y angustiosos percances sufridos por el impecable auto del tío) que me recuerdan el relato de Villegas.

De manera más notoria (es claro que el jalisciense conoce y admira la obra de su precursor), el estilo y la técnica de Villalobos se sitúan entre dos novelas de Jorge Ibarguengoitia: *Dos crímenes* y *Estas ruinas que ves*. De la primera retoma el enmarañado cuerpo de sospecha y culpabilidad que es capaz de perseguir a cualquier civil en México, en cualquier circunstancia y a la menor provocación. De la segunda, la aguda sátira al mundo provinciano, cuya aspiración setentera fue el lustre intelectual y cuya aspiración en 2024 es la farsa turística, dos metonimias culturales que, en última instancia, confluyen en su condición de caricatura.

Una tercera línea estilística que percibo en la novela de Villalobos

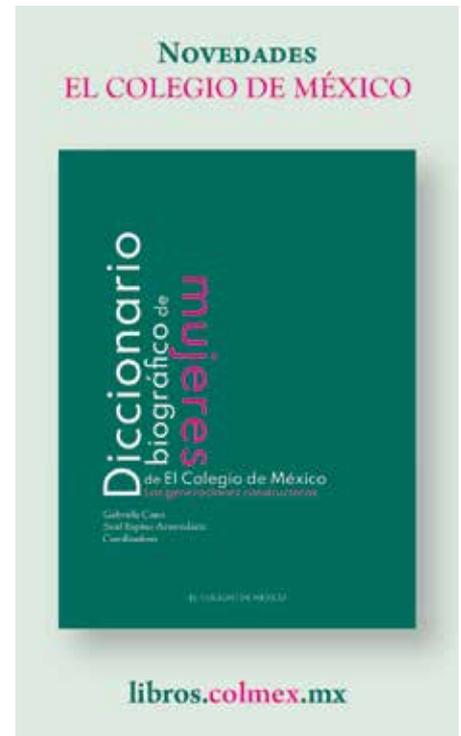
es el narrador pseudopolicíaco de primera persona cuya indagación secreta no es el caso *per se*, sino su propia identidad y la crisis existencial de haber envejecido sin apenas notarlo. Una obra maestra de ese registro es la novela *Grandes emociones y pensamientos imperfectos* de Rubem Fonseca. Es quizá en este terreno donde Juan Pablo, el protagonista de Villalobos, consigue menos medallas: sus anagnórisis son divertidas y diseñan un perfil atractivo a propósito de la angustia contemporánea, pero están construidas con trazos tan veloces que no terminan de calar en el lector de manera profunda.

Por la forma de su final abierto, casi trunco, *El pasado anda atrás de nosotros* me remite a dos novelas mexicanas de las últimas décadas: *Mis mujeres muertas* (2012) de Guillermo Fadanelli y *Ceniza en la boca* (2022) de Brenda Navarro. En los tres relatos, los narradores de primera persona eligen cortar el flujo de la historia antes de resolver parte de las interrogantes y situaciones continuas que el propio discurso colocó en primer plano. En el caso de Brenda, creo que la sensación de incompletitud abarca solo el tercer episodio de la obra. En cambio, Villalobos (también en su momento Fadanelli) elige dejar en la sombra aspectos centrales de la trama: la ciberestafa, las circunstancias definitivas de una muerte, el tratamiento médico de la madre. Y cosas menores, como la historia del velador del cementerio o el daño al auto del tío.

Entiendo el tropo: las novelas no necesitan cerrar un ciclo para tener sentido. La impunidad y el deterioro de la vida social y las instituciones (cosas que Villalobos narra con elegante sutileza) vuelven casi imposible cualquier tipo de *closure*. Entiendo el tropo y además me interesa. Me inquieta sin embargo la constante reiteración contemporánea de este recurso, como si se tratase de un *dictum* impuesto por los calendarios del mercado antes que por

la retórica. Me inquieta particularmente en novelas (como esta de Juan Pablo Villalobos) cuyo aliento apuntaba a mi juicio a un desarrollo más pausado. Técnicamente, la elección funciona. Pero, tras el despliegue de la tensión inicial y el arco construido durante las primeras tres cuartas partes del relato, el desenlace me resultó abrupto y hasta cierto punto insatisfactorio.

No diré que se trata de un detalle menor, pero sí que las virtudes literarias de *El pasado anda atrás de nosotros* son superiores a sus yerros. Además del decantado humor triste y paranoico y luminoso que es ya marca de su autor, la novela despliega un catálogo de recursos de tensión para situaciones nimias. Los diálogos entre los hermanos son un *masterclass* de sobrentendidos familiares. El desdoblamiento de la primera persona como adulto migrante cosmopolita y joven provinciano que se cree inadecuado me parece un alarde de habilidad para construir historias dobles con impulso fantasmático. Pero el recurso que más valoro es lo kafkiano llevado



más allá de la puesta en situación, a un nivel simbólico inherente a la literatura mexicana contemporánea: un universo en el que los poderes fácticos devienen superestructura y mecanismo burocrático profundo. Hay en este registro una escena central, está en la página 225 y siguientes, y es cuando el Sinba, un joven halconillo, encuentra a Juan Pablo tomando una siesta involuntaria en un bar que no ha abierto todavía. Parte del siniestro encanto del pasaje es que transcurre a mediodía, en horas extra, fuera de la jornada laboral del crimen. Me parece un momento clave para apreciar la noción de *thriller* doméstico que insufla la novela: un ámbito donde la violencia opera bajo los secretos códigos de una ordenanza (de una legalidad) alterna: una instancia narrativamente líquida. ~

JULIÁN HERBERT (Acapulco, 1971) es poeta, narrador y ensayista. Su libro más reciente es *Suerte de principiante. Once ideas sobre el oficio* (Gris Tormenta, 2024).

CUENTO

Donde dice fantasma, léase trauma, hartazgo, abandono, ira

por **Raquel Garzón**



Mariana Enriquez
UN LUGAR SOLEADO
PARA GENTE SOMBRÍA
Barcelona, Anagrama, 2024,
232 pp.

“Yo ya no estoy del lado de los vivos”, define la protagonista de “Mis muertos tristes”, el primero de los doce relatos que integran *Un lugar soleado para gente sombría*, el nuevo libro de la argentina Mariana Enriquez (Buenos Aires, 1973). Esa médica divorciada

y sesentona, que no ejerce el oficio por falta de pasión, vive en una ciudad acosada por la inseguridad y los secuestros exprés, y no se anima a contarle a su hija que atrae a fantasmas aullantes (cuya venganza consiste en no dejar dormir a sus verdugos), es un personaje típico de Enriquez. En su literatura, extraño, friki, digno de miedo puede ser cualquier hijo de vecino, dadas las circunstancias.

Hay sitio para lo sobrenatural, pero lo inexplicable, lo hostil, lo alienante o macabro no deben buscarse muy lejos. A diferencia de los de la película *El sexto sentido*, los muertos de Enriquez saben que lo están y la protagonista asume la misión de apaciguarlos, comenzando por el espectro mudo de su madre (humillada y fallecida tras una tortuosa enfermedad), que la visita periódicamente.

La atmósfera del relato inaugural delinea un territorio en el que Enriquez brilla por derecho propio: el género de terror como forma de explorar problemas contemporáneos de las sociedades latinoamericanas y los bordes de algunas de sus heridas (la pobreza endémica, la memoria y cicatrices de las dictaduras, la violencia femicida, la corrupción, la precariedad de las instituciones y los efectos devastadores de la desinversión en servicios esenciales). Donde dice fantasma, léase trauma, hartazgo, abandono, ira; la literatura construirá la metáfora apropiada para expresarlos.

A esos monstruos de puertas hacia fuera, se suman los cuentos en los que lo siniestro es intrafamiliar y se expresa en la perversión de vínculos o sitios que ya no amparan. Síntomas de ello, la enfermedad mortal metida en la propia casa y usurpando la propia cama en “La mujer que sufre”; los padres que no quieren hacerse cargo de la hija con problemas mentales cuando afirma que tiene sexo con espíritus (“Julie”); el alcoholismo y suicidio maternos de “La desgracia

en la cara” (el título parece un cuento de Onetti) como anticipo de otro mal desconocido, que amenaza con la desaparición paulatina de los rasgos del rostro de la hija.

Ya en *Bajar es lo peor* (1995), su precoz e impactante primera novela, Mariana Enriquez se animaba a tutear la sordidez y el horror poniendo en escena a un trío espectral de jóvenes curtidos en drogas y excesos, en la Buenos Aires noctámbula de mediados de los años noventa del siglo pasado. Descrita tiempo después por la autora como un *mix* entre *Mi Idabo privado*, la película de Gus Van Sant, y *Entrevista con el vampiro*, la novela de Anne Rice, ese debut marcaría algunas claves ahondadas en sucesivos libros hasta su consagración internacional con *Nuestra parte de noche* (Premio Herralde de Novela 2019) y la nominación de los cuentos de *Los peligros de fumar en la cama* para el Booker Internacional en 2021. Enriquez es hoy uno de los grandes nombres de la generación de narradores que se educaron leyendo a Stephen King y aprendieron de él a eludir las convenciones del género. Cada uno de sus libros (que Anagrama comenzó a publicar desde 2016) anticipa un fenómeno editorial esperado por miles de fans, que se promociona con fechas y apariciones de la autora como si se tratara de conciertos de rock.

Un lugar soleado para gente sombría justifica la expectación. El cuento que da nombre al libro sale de la Argentina. Enriquez afila en él la habilidad de generar y sostener un clima de suspense, mientras dosifica algo parecido al veneno lento de la desolación en estampas indelebiles. La periodista que vuelve a Los Ángeles para investigar un femicidio, agobiada por el duelo de una historia de amor trágico, y ayuda a un yonqui a inyectarse en su única vena sana encarna un no retorno. La escena convence de que no se puede ir más allá en la soledad.

La abolición tantálica

por **Rafael Rojas**



José Antonio Piqueras
EL ANTIESCLAVISMO EN
ESPAÑA Y SUS
ADVERSARIOS
Madrid, Los Libros de la
Catarata, 2024, 272 pp.

El temor a la locura y los cambios del cuerpo femenino vividos como una dimensión desconocida y atemorizante marcan diversos relatos. Para la protagonista de “Metamorfosis” es más extraño su climaterio que la idea de reimplantarse en algún otro sitio el mioma que acaban de extirparle; así el miedo freudiano a la mutilación promueve la conversión al transhumanismo. En “Los pájaros de la noche”, Millie, la afectuosa hermana de la narradora que ha pasado por el hospicio, mente compulsivamente y afirma que va a convertirse en ave. El personaje permite una vuelta de tuerca al recurso del narrador poco confiable: ¿qué creer de lo que cuenta quien repite lo que dice el que mente siempre?

Enriquez conjuga estos doce modos de nombrar el espanto en presente bajo cierto protocolo. Las historias están precedidas, salvo excepciones, por un epígrafe que desvela parte de su biblioteca (Adélia Prado, Anne Carson, Thomas Ligotti, Lydia Davis, Marjorie Cameron, Jack Kerouac, Richard Gavin...) y que anticipa el tenor del susto que deparan. A esas lecturas se suman los homenajes que inscriben a la autora en la tradición de otras latinoamericanas cultoras de la crueldad y lo enrarecido (la dupla violencia/ropajes del cuento “Diferentes colores hechos de lágrimas”, por ejemplo, evoca “Las vestiduras peligrosas”, de Silvina Ocampo, a quien Enriquez le dedicó el perfil biográfico *La hermana menor*, 2014).

Con urbes, periferias o zonas rurales como set de lo insólito, los cuentos de *Un lugar soleado para gente sombría* educan a los lectores en el arte amargo de perder. “*Everybody’s losing someone*” parece cantar Nick Cave en cada una de sus páginas. ~

El historiador español José Antonio Piqueras ha dedicado gran parte de su larga y prolífica obra a estudiar el sistema colonial y esclavista del Caribe hispano en el siglo XIX. En *Negreros* (2021), Piqueras reconstruyó los negocios, fortunas, parentescos y descendencias de los mayores empresarios de la trata y la esclavitud en España entre los siglos XVI y XIX. Muchos de aquellos esclavistas, como los O’Farril, los Cuesta Manzanal, los Aldama o los Zulueta, amasaron enormes riquezas, especialmente, durante el *boom* azucarero cubano del siglo XIX.

Ahora el historiador se ocupa de una lógica inversa a la de la esclavitud: la del tardío pero intenso abolicionismo español, sobre todo, entre 1866, cuando se instala la Junta de Información de Madrid, y 1886, cuando se emite el Real Decreto de abolición de la esclavitud en Cuba. Hubo antecedentes de ese abolicionismo durante los debates de las Cortes de Cádiz, entre 1810 y 1812, donde los novohispanos José Miguel Guridi y Alcocer y Miguel Ramos Arizpe propusieron el fin de la trata y la libertad de vientres y el aragonés Isidoro de Antillón defendió la supresión de la esclavitud, frente al rechazo de los habaneros Andrés de Jáuregui y Francisco de Arango y Parreño y la posición intermedia del peninsular Agustín de Argüelles.

Aquellas discusiones, como recuerda Piqueras, quedaron en suspenso ya que la Constitución de Cádiz preservó

la institución esclavista y excluyó a los “originarios de África” de la ciudadanía. Luego, en las Cortes de Madrid, durante el Trienio Liberal (1820-23), el tema reapareció, en los intentos de José María Queipo de Llano de regular la trata o en el proyecto mal llamado de “abolición” o “extinción” de la esclavitud del sacerdote cubano Félix Varela, que en realidad fue una iniciativa de manumisión y protección de las propiedades de los hacendados azucareros, además de un buen compendio de fobias raciales y miedo al crecimiento de la población negra y a la eventualidad de una revolución como la haitiana en Cuba.

En 1835, los protocolos diplomáticos entre España y Gran Bretaña, país líder del abolicionismo atlántico, avanzaron más en los términos negociados desde los años que siguieron al Congreso de Viena. Pero la Constitución de 1837, basada en la gaditana, preservó la legitimidad jurídica de la esclavitud en los dominios españoles. Un Reglamento de Esclavos de 1842 modernizaba los “códigos negros” heredados del siglo XVIII, ampliando garantías de instrucción y buen trato de parte de los amos, aunque no es hasta la ley de “represión y castigo del tráfico negrero” de 1866 que comienza una persuasión más claramente abolicionista en la política peninsular y en sectores autonomistas y separatistas de Puerto Rico y Cuba.

Entre 1866 y 1867 los comisionados puertorriqueños a la Junta de Información de Madrid (Ruiz Belvis, Acosta y Quiñones) presentaron el proyecto de abolición más completo, hasta entonces, en el Ministerio de Ultramar. Una vez más, la monarquía española no dio curso a la iniciativa, si bien abrió una ruta puertorriqueña hacia el fin de la esclavitud, desligada de la cubana, que se acentuó en los años siguientes cuando en Puerto Rico, a diferencia de en la gran isla vecina, no se consolidó la guerra independentista iniciada en el Grito de Lares, el 23 de septiembre de 1868.

La construcción jurídica de la abolición, entre la Ley Moret de 1870 y el Real Decreto de octubre de 1886, como documenta Piqueras, no hubiera sido posible sin la enorme presión de la Guerra de los Diez Años en Cuba, pero tampoco sin el cabildeo eficaz de muchos autonomistas de ambas islas en Madrid y sin el activismo de instituciones peninsulares como el Ateneo de Madrid y la Sociedad Abolicionista Española, fundada en 1864 por el puertorriqueño Julio Vizcarrondo, y su capítulo femenino, integrado o acompañado por Carolina Coronado, Pilar Matamoros y Concepción Arenal, entre otras.

Sin embargo, Piqueras deja claro que la interacción entre el separatismo cubano y el abolicionismo peninsular, en los primeros años de la insurrección encabezada por Carlos Manuel de Céspedes, no fue causal. La documentación de la Cámara de Representantes insurrecta hace evidentes las ambigüedades de los primeros líderes de la independencia cubana, muchos de ellos propietarios de esclavos. Céspedes liberó a los suyos en el ingenio La Demajagua, pero en su manifiesto del 10 de octubre en Manzanillo propuso una liberación “gradual e indemnizada”. Luego, en diciembre de ese año, autorizó que los hacendados partidarios de la revolución preservaran sus esclavos. En la Constitución de Guáimaro de 1869 no se decretó la abolición, que se aprobaría a fines de 1870, después de la Ley Moret.

Esta ley, que debió su nombre al apellido del ministro de Ultramar, Segismundo Moret, tampoco fue una abolición plena sino una modalidad más amplia de “vientres libres”. En medio de otra revolución en España, que conduciría a la adopción de la primera república en la península, luego de la abdicación de Amadeo de Saboya, en 1873, el fin de la esclavitud se aceleró en Puerto Rico, que sería concedido por la breve Asamblea Nacional en marzo de ese año. La población esclavizada en Puerto Rico era diez veces menor que

en Cuba: en 1870 se calculaba en cerca de 40 mil y en 1873, cuando se promulgó la ley, en poco más de 31 mil.

En Cuba, donde los esclavos llegaron a ser más de 400 mil a la altura de 1867, ya en el momento de la Ley Moret habían descendido a menos de 364 mil. Un informe de 1877, poco antes de la firma del Pacto del Zanjón, que puso fin a la Guerra de los Diez Años, registraba 287 mil 653 esclavos. Esas disminuciones, argumenta Piqueras, no solo pueden atribuirse al control de la trata, al avance de la libertad de los recién nacidos y los ancianos o a las manumisiones o patronatos sino también a la mortalidad y a las epidemias. Al concluir la guerra separatista, que se había usado como argumento para conceder la abolición a Puerto Rico, pero no a Cuba, la monarquía de Alfonso XII decidió extender a esta isla la condición del patronato, según la cual más de 157 mil esclavos serían compulsados a trabajar como asalariados en los propios ingenios azucareros de sus amos.

La abolición “definitiva” en Cuba se produciría en 1886, ya en tiempos de la Regencia de María Cristina de Austria. Por diversas razones, que cuenta en detalle Piqueras, la cifra total de “patrocinados” que serían liberados fue de 25 mil 381, cantidad parecida a la de los manumisos emancipados en algunas repúblicas hispanoamericanas en la década de 1850. En Puerto Rico y Cuba, el tránsito de la libertad de vientres a la abolición de la esclavitud fue tardío pero rápido, ya que en Hispanoamérica llegó a durar más de tres décadas. La historia de la abolición en esas islas del Caribe, como apuntara el republicano y antiesclavista habanero Rafael María de Labra, fue la secular aproximación a un ideal de igualdad ciudadana que los poderosos intereses económicos de los hacendados y la monarquía católica frustraron a cada paso. ~

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Su libro *Breve historia de la censura y otros ensayos sobre arte y poder en Cuba* se encuentra ya en circulación bajo el sello de Rialta Ediciones.

POESÍA

La piedra y el caracol

por Ángel Cuevas



María Baranda
DESLUMBRANTES
CAMPOS DE HIELO
 Con grabados de Adrian Giombini
 Cuernavaca, Ediciones Odradek, 2023, 90 pp.

Refiere Borges una pesadilla de Wordsworth frente al mar: el mar había desaparecido y su lugar lo ocupaba el desierto, el poeta yacía al centro de este y, al despertar, un beduino que estaba acostado junto a él despertaba al mismo tiempo y le decía: “tengo que salvar estas dos cosas [a punto de desaparecer], la piedra y el caracol [objetos que le muestra al poeta], ambos libros”. Y estos libros eran: “la *Geometría* de Euclides [la piedra] [y] toda la poesía del mundo [el caracol]”. En *Deslumbrantes campos de hielo*, de María Baranda, uno de sus más recientes títulos, el paralelismo entre geometría y poesía queda puesto de relieve: “Lo que no tiene ninguna parte”, reza el epígrafe del libro, tomado de Euclides.

Como si fuera un tratado de geometría, *Deslumbrantes campos de hielo* incluye una serie de figuras tomadas de *Geometría descriptiva* (1942) de Adrian Giombini y cada una de las nueve partes que lo conforman tiene títulos que, de alguna manera, funcionan como axiomas de lo que ocurre en cada sección: “Planos verticales, perpendiculares al plano de comparación”, “Método basado en la existencia de la homología”, “El punto de fuga estará al infinito”... De modo que cada poema forma parte de una figura geométrica mayor, y cada palabra y cada verso se corresponden con un punto y una línea (recta, diagonal o curva) de una figura cuyos lados, visibles e invisibles, cambian, en cada lectura.

Cabe mencionar que, entre los títulos de Ediciones Odradek, sello especializado en desarrollar libros artísticos en los que la escritura dialoga con propuestas gráficas como fotografía, pintura, dibujo o grabado, este se distingue porque sus imágenes están tomadas de una disciplina diferente. Además, porque el diseño pone de relieve el paisaje nevado en el que se despliega el poema, y la selección y colocación de las figuras geométricas a lo largo del libro realza la homología entre las dos disciplinas ya mencionadas, dando por resultado un “juego poético-gráfico admirable”, como dice Alfonso D’Aquino, el editor.

No obstante, el carácter visual de esta poesía se realiza sobre todo al ser escuchada, con el oído o la mente, al momento de la lectura: “Vemos la calma como se mira una palabra en la noche”, dice la poeta, cuyo interés por dibujar con palabras se manifiesta en libros como *Teoría de las niñas* (2018), a partir de la obra de Henry Darger, y *Un leve aullido bajo la arena* (2023), a partir de un cuadro de Goya, alcanzando su “cumbre de cristal” (Marianne Moore) en *Deslumbrantes campos de hielo*, donde un copo de nieve cayendo bajo un cielo rojo que paulatinamente se puebla de estrellas es el *leitmotiv* del libro. Al poema “Un pulpo”, de Moore, de donde Baranda toma el título de su libro (“black feet, eyes, nose, and horns, engraved on dazzling ice-fields”), Charles Tomlinson lo comparó con una especie de “collage cubista” y, de alguna manera, se podría decir lo mismo de esta obra, ya que la poeta mexicana aglutina orgánicamente voces coloquiales, tiempos y realidades simultáneas, y lo hace, como la norteamericana, de forma compacta, precisa, deslumbrante.

“Les decía: / hay frases como aves, verbos que se prueban / en la sangre”, abre María Baranda su libro y, como aves, los versos ascienden el plano vertical del poema y se disuelven en las miradas atentas, en los oídos sensibles a su musicalidad; a su paso, intersecan

planos horizontales, líneas narrativas hilvanadas por un hilo conductor que muestra y vela a la vez, detonando polisémicamente el poema: personajes, circunstancias, tiempos, espacios, voz narrativa... Dicho más por un yo que por una tercera persona, y más a un *ustedes* inclusivo que a un *ellos* indeterminado, el “Les decía” inicial reanuda y establece el nuevo punto de partida de un largo relato emprendido por la autora desde su ópera prima: “Entonces yo era niña, / y sentada a la puerta del viento / abría la noche verde de los árboles...” (*El jardín de los encantamientos*, 1989).

A lo largo de la obra poética de María Baranda, la voz de esa niña, impetuosa como el mar, canta –a veces, grita–, se desborda en cada una de sus etapas vitales y regresa siempre a sus orígenes, a dialogar con los suyos: su hermano, su amado, sus hijas, su madre, su padre, se vuelven protagonistas de una historia, real y no, que en *Deslumbrantes campos de hielo* encarna una serie de intrínquilis con personajes tales como una tía tuerta, un niño ahogado llamado Caín y un señor Plinio que “tiene una pistola pequeña que siempre lleva”. Intención de novelar o, más bien, de fabular la vida, que la autora, dando “el salto de mí al alba” que pidiera Pizarnik, refleja en títulos como *Fábula de los perdidos* (1990), *Narrar* (2001) y *Ficticia* (2006).

Ocurre aquí lo que dice Proust cuando critica el método literario-moral de Sainte-Beuve: “que un libro es el producto de un yo distinto del que se manifiesta en nuestros hábitos [de los autores], en sociedad, en nuestros vicios”. Y recuerda lo que afirma Malcolm Bowie al evocar episodios cotidianos de *En busca del tiempo perdido*, como el de la vendedora callejera parisina de frutas, cuyo pregón le recuerda al narrador el canto gregoriano medieval, o el de Saint-Loup cuando equipara el vuelo de los aviones de guerra con el ascenso de las valquirias y las alarmas por bombardeo con música wagneriana, convirtiéndose, el narrador y

su amigo, a decir de Bowie, en inventores de “geometrías momentáneas”.

Así, cada palabra de *Deslumbrantes campos de hielo* evoca, como la célebre madalena, no la Arcadia (“lo que no está y no fue”), sino, a partir de lo que fue o pudo haber sido, lo que es y lo que será, porque esta poesía prismática permite ver, a través de sus diferentes caras, los recuerdos atrapados en ella, el presente del poema, tiempo sin espacio, espacio sin tiempo de estas páginas de hielo, y aun lo porvenir, que puede rayar en lo paradójico: “Caín en el tiempo futuro es mi hermano. / Un hermano que muere, pero aún no.” Como dice Beckett: “El punto de partida de la exposición proustiana no es la aglomeración cristalina, sino su núcleo: lo cristalizado. Y es que, en realidad, lo que dice es que la experiencia más trivial tiene incrustados elementos que no mantienen relación lógica alguna con ella.” De allí que esta poesía sea transversal a la vida, la narrativa, la fábula y el mito, renovado, ya que aquí Caín es el hermano muerto, no el fratricida, niño ahogado que atraviesa, desde su origen, la poesía de la autora: “Un niño de agua cruza el tiempo.”

Obra en la que las palabras convocan, a través de sí, otras imágenes; si dice, por ejemplo, “El miedo tiene los ojos de un sapo”, en el siguiente poema “Un sapo brinca y su sed estalla”. El inicio de un verso suele comenzar al final del verso anterior (y viceversa) y, al estilo de *Trilce*, el sentido lógico de los poemas se abre, por medio de la sintaxis, hacia múltiples posibilidades. Los personajes le hablan al lenguaje y este va diciéndolos; las distintas voces del poema cobran forma, apariencia, nombre: “Los nombres son letras que están adentro de nosotros, / como poemas. Y arden.” En este sentido, es notable el poema, dividido en diez partes, que recorre el libro de principio a fin, a pie de página: un plano adentro de otro, un recuerdo, un sueño que abre un umbral que comunica con el mar, el bosque, la infancia, la muerte.

“Entonces corrí. / Entonces lloré. / Entonces morí / en los *deslumbrantes campos de hielo* / de Marianne Moore”, cuya transparencia permite ver los vasos comunicantes no solo con el poema, la poesía y la tradición poética de Moore, sino también con los propios libros de poesía anteriores de María Baranda, así como con sus linajes paterno y materno, que en *Deslumbrantes campos de hielo* llegan a reencontrarse, en el momento del poema, aun antes de haberse encontrado por primera vez. Entre las imágenes posibles de este libro, hay una que reverbera, la de una niña que observa y canta: “Esa tarde, / casi noche, ahí estabas, / ahora estás, de cuclillas, / tienes trece / en las vías, en silencio. / En silencio. / Este es el momento. / Esta la hora, / este el tren. / Este tu cuerpo. / Esta la poesía.” ~

ÁNGEL CUEVAS (Ciudad de México, 1970) es poeta y ensayista. Es autor, entre otros libros, de *El silencio del bosque* (Ediciones Sin Nombre, 2010) y *Frutos de sal* (Ediciones Odradek, 2020).

ENSAYO

¿Y a mí en qué estante me pondrías?

por **Bárbara Mingo Costales**



María Negroni
LA IDEA NATURAL
Barcelona, Acantilado,
2024, 208 pp.

“Recuerdo haberme preguntado por qué los miembros de las buenas familias no se hacían ornitólogos.” Esa es mi frase preferida del libro de María Negroni *La idea natural*, publicado hace unas semanas por Acantilado, en su colección Cuadernos, y lleno por otro lado de frases resplandecientes. Es el

final del capítulo dedicado a Charles Darwin, y es el propio Darwin el que la dice, evocando un deslumbrante paseo a caballo por un campo galés, cuando su vocación estaba en ciernes, antes de embarcarse a los veintidós años en el *Beagle*.

Cuanto más nos alejemos de la naturaleza, más reveladores resultarán los paseos por los bosques. En la novela *El más largo viaje*, de E. M. Forster, aparece también un paseo a caballo que en el momento no se reconoce como epifánico, pero que yo imagino por el mismo paraje que el de Darwin, por mucho que sepa que está ambientado más al sur. ¿Qué tienen la escritura de Negroni y de Forster para que yo imagine que los dos paseos se dieron por el mismo sitio? Hace unos días, a la salida de la proyección de *Música*, película maravillosa de Angela Schanelec, nuestro amigo V, aunque no le había gustado, recordó que el plano final era como el del final de *Las dos inglesas y el amor*, película que sí le encanta. Para demostrárnoslo nos puso el cierre de la película de Truffaut en un video totalmente pixelado, en el móvil, con la mano temblándole porque hacía un frío inesperado para esas fechas y que no había calculado al coger el abrigo ligero al salir de casa. Juntamos las cabezas para asomarnos a la minúscula pantalla temblorosa, a la demostración que se nos iba a dar a la puerta del cine. ¡Y era verdad!

¿Y dónde he leído hace no tanto, en otra evocación de Darwin, que acabó cogiéndole tal asco a *la naturaleza* que no soportaba el contacto con ella, con las plantas y los animales que crecían a su aire, y por eso se encerró en su casa del sur de Londres, como si se hubiese indigestado durante los años de estudio? Una de las hijas de Darwin murió de niña, de ahí puede venir la repulsión por todo. En el libro de Negroni se dice que al final de su vida lo que ya no puede hacer es leer, que no soporta a Shakespeare ni la poesía, y que, aunque teme que esta aversión reciente

suponga una merma para su condición moral, no puede hacer nada por evitarlo.

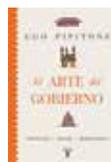
Cuando el movimiento físico nos agote, al menos podremos dedicar la energía a leer todo lo que hemos ido acumulando. Eso nos decimos, pero se da la un poco terrorífica posibilidad de que también leer deje de interesarnos. Hagamos lo posible por mantener el interés por alguna cosa, comprendamos el aún no clasificado futuro como algo que nos habla uno a uno.

El libro de Negroni está dedicado a las representaciones del mundo natural, desde el siglo I a. C. (con Lucrecio) hasta el XXI, con el escritor Mike Wilson. Entre ambos asoman brevemente la cabeza científicos, artistas y excéntricos, o todo a la vez. Cada uno de ellos se ha dedicado a una parcela del conocimiento del mundo, a lo grande como Humboldt (que “sabe también que, en la trayectoria de su vida errante, apenas ha logrado articular una mínima colección de ideas”), con furia, como Heráclides Póntico (cuyo interés “se transformó pronto en delirio, denotando un curioso desajuste intelectual”), o como quien se libera de un peso, como Rosa Luxemburgo (“...en mi trocito de jardín, rodeada de abejorros y de hierba, estoy mucho más a gusto que en un congreso del partido...”).

Una colección de taxonomías acaba siendo a su vez una excusa para ordenar vidas humanas. ¿Cómo podríamos escapar de este efecto que impone la acción de catalogar? ¿Aunque para qué querríamos escapar? Dice Negroni en la introducción que “nomenclaturas y taxonomías, archivos, maquetas, cuadrículas y grillas, clasificaciones, dioramas e inventarios se pusieron al servicio de este orden que prometía el sosiego y también se erguía como un dique contra el tsunami del tiempo”. Su libro me hacía pensar en otro, un poco más antiguo, pero que también ofrece una rápida sucesión de estampas, otro álbum de vidas humanas hilvanadas, que es *Modos de caer* (2021), de

La llamada de los clásicos

por Armando Chaguaceda



Ugo Pipitone
EL ARTE DEL GOBIERNO.
CONFUCIO, NIZAM Y
MAQUIAVELO
Ciudad de México, Taurus,
2024, 208 pp.

El arte del gobierno. Confucio, Nizam y Maquiavelo, de Ugo Pipitone, es una obra formidable que aborda problemas neurálgicos del acontecer global: el impacto de la degradación ambiental; la polarización y la desigualdad crecientes en sociedades avanzadas; el persistente atraso socioeconómico en el resto del orbe; la agudización de conflictos generacionales, acelerados por la revolución tecnológica y las mutaciones en el mundo del trabajo; la creciente falta de legitimidad y resultados, a los ojos de millones de ciudadanos, de la democracia liberal. Alerta sobre el avance, derivado de todo lo anterior, del populismo y el autoritarismo dentro y fuera de Occidente. En un sentido amplio, Pipitone (Piamonte, Italia, 1946) nos revela que “hemos llegado a la situación en que la supervivencia de la especie y de los sistemas democráticos requiere la introducción de un componente de responsabilidad intergeneracional que, de no venir de los comportamientos económicos espontáneos, no puede venir sino de la política y, paralelamente, de la maduración cultural de sociedades crecientemente conscientes de que los vivos deben dejar de considerarse propietarios de la Tierra, para asumir la tarea de custodios, encargados de conservarla para las generaciones sucesivas”. En esta pieza magistral de erudición y compromiso democráticos, el repaso del legado de los pensadores clásicos los convierte en una tropa de refuerzo para las batallas por nuestra sobrevivencia colectiva.

Mireya Hernández, que en este caso recoge y presenta una colección de tropezos, hundimientos, caídas o traspies, y así por ejemplo de Isadora Duncan o del atleta Jim Thorpe pasamos a la campesina mantuana Clelia Marchi, que bordó su historia en una sábana, libro que a su vez me hizo pensar en *Doscientas sesenta y siete vidas en dos o tres gestos* (2016), de Eugenio Baroncelli, por su aire de enciclopedia caprichosa y por su gusto por lo alucinante y variado de los senderos que pueden tomar nuestras vidas.

La propia María Negroni tiene una buena cantidad de libros de esta clase, que son como inventarios a la fuerza personales. En este habla de las clasificaciones de la biología, pero en los otros recoge por ejemplo a los poetas exiliados (no solo administrativamente), y esta vez el libro se llama *La palabra insumisa* (2021), o bien la *Galería fantástica* (2009), en que se detiene en los más destacados textos de la literatura latinoamericana del xx, y así varios más.

Estas colecciones son también taxonomías, estos escritores hacen sus jerarquías, sus álbumes con las flores que van recogiendo. ¿Qué queremos los humanos ordenando el mundo, qué buscamos en el rescate de esas vidas? Estar con aquella gente desaparecida, rescatarla del pasado, contribuir al tapiz inacabable. Todos montamos colecciones más o menos inconscientes. En el afán enciclopédico que nos mueve a intentar lo exhaustivo, lo natural es que alguien nos inventaría también a nosotros. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES (Santander, 1978) es escritora. Su libro más reciente es *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza, 2024).



El investigador ubica lo que llama el “arte del gobierno” dentro de las necesidades funcionales de las diversas y crecientemente complejas comunidades humanas, las cuales necesitan un sistema de normas, principios e instituciones para regular las pasiones, conflictos, intereses e identidades que las conforman. Las instancias de gobernanza nacional y social representan su realización de mayor escala y formato, y la política, su esfera de acción y pensamiento. Desde esa lectura, el autor reconoce la valía del pragmatismo político, al que concibe no como una mera falta de fines siempre proclive al relativismo moral o ideológico, sino como la posibilidad y la habilidad para combinar respuestas nacidas de la observación de diferentes experiencias globales y cuyo propósito es superar los problemas antes mencionados. Pipitone parece apostar por la construcción no despótica de comunidades políticas capaces de conciliar la eficacia de la acción pública y los derechos de ciudadanía, en el marco de una democracia agonística que evade los extremos de la autocracia estatista y la anarquía comunitarista.

En esa búsqueda, el libro repasa diferentes pensadores, realidades y visiones, con una sólida lista de referencias clásicas y contemporáneas. Identifica en Confucio (551 a. C.-479 a. C.) la lógica detrás de una milenaria civilización —con el poder como fuente de acceso a riqueza— de decurso ininterrumpido, donde la moralidad y benevolencia protectora, encarnadas en el máximo gobernante, van ligadas a la meritocracia como mecanismo de formación del funcionariado y al rol de la educación como vehículo de perfeccionamiento personal y de movilidad social. La propuesta es conservadora, dentro del orden jerárquico, pero tiene la ventaja de provenir de una civilización carente de una religión trascendental que articule su orden y progreso. Ello ha permitido hoy día que países de Asia con una marcada huella confuciana puedan superar en pocas décadas el

legado de atraso –baja productividad, escasa innovación, pobreza extendida, mal desempeño institucional– acumulado por generaciones.¹

Sin embargo, reconoce el autor, el estatismo reaccionario y el despotismo solipsista no son la única lectura posible del confucianismo, si entendemos este como un sistema de valores y una pauta de comportamiento asentados sobre cierta homogeneidad étnico-cultural, el espíritu comunitario y la deferencia a la autoridad. El énfasis en la protección gubernamental de los más desfavorecidos, el encomio a la denuncia de la corrupción por parte de los funcionarios probos y, *in extremis*, el derecho a la rebelión popular frente a un gobernante opresor e incapaz, apuntan a otro legado presente en la obra del pensador chino. Pipitone destaca, en sintonía con su trabajo anterior, que la tradición del confucianismo democrático es compatible con una cultura constitucional e instituciones liberales, capaces de acomodar la participación pluralista de ciudadanos, como son los casos de Taiwán, Corea del Sur o Japón. Hasta hace un par de años, este estatus era vigente también en Hong Kong.

Particularmente recomendable para el lector latinoamericano –dada la ignorancia sobre la realidad político-intelectual china y las repetidas apologías al uso en la academia regional–² resulta la crítica de Pipitone a los mantras del filósofo político, residente en China, Daniel A. Bell. Nuestro autor exhibe las falencias empíricas (el peso del liderazgo comunista en la promoción de cuadros, el rol inapelable del Partido Comunista, la recentralización y personalización del poder) y las carencias normativas (la ausencia de

debates, rendición de cuentas y participación libre como condición de cualquier democracia) del modelo mixto de democracia y meritocracia que propone Bell. Pipitone expone con claridad meridiana, sin estridencias, la mezcla de apología política, deformación histórica y manipulación teórica presentes en la obra del pensador canadiense.

El libro viaja también al Medio Oriente, donde Pipitone encuentra en Nizam al Mulk (aprox. 1018-1092) un pensador que defiende la centralidad de una religión guerrera y desempeña el rol de guía de la acción política y la moral privada. Todo ello a partir de un poder unipersonal que opera, en simultáneo, como guardián de la fe y moderador de la corrupción de los poderosos. Hombre de Estado, Nizam aprovecharía el legado imperial persa para erigir sobre este entramado, con auxilio del entonces joven islam, un nuevo tipo de poder espiritual y político. Con relativa semejanza al de Confucio, este modelo ofrece un tipo ideal de soberano defensor de los pobres, enemigo de la corrupción y promotor de la virtud. En este caso, una virtud conducida por la fe.

Con un tono más crítico, el autor identifica cierta incapacidad de la cultura y la civilización construidas alrededor del islam para erigir una modernidad propia, capaz de avanzar en materia de derechos e instituciones sin sucumbir al poder de la religión –en su triple condición de fuerza social, legal y moral– o de autoritarismos seculares aliados o enfrentados a aquella. Dicha situación deja a las sociedades musulmanas oscilando entre el despotismo modernizador, con apoyo o no de los clérigos, y la asunción al poder de estos, lo que podría adoptar la forma de una dictadura teocrática o de un sistema de gobierno híbrido –parecido al Irán actual–, inaplicable en otras partes del mundo y menos proclive a la modernización que sus pares confucianos. Expresado lo anterior, el espíritu autocrítico de Pipitone no desconoce las rebeldías y disidencias nacidas

periódicamente en las poblaciones que viven bajo esos órdenes –como fue la llamada Primavera Árabe o las regulares protestas en Irán– ni tampoco oculta el efecto que la colonización europea pudo tener para frustrar alguna potencial modernización alternativa dentro del universo islámico.

El arte del gobierno termina su recorrido en la Florencia –y proto Italia– de Nicolás Maquiavelo (1469-1527), quien aparece en todo su esplendor como defensor de un orden republicano y de una estatalidad premoderna, capaces de acomodar la libertad individual, el compromiso cívico y la contención del conflicto socioestatal, dentro y fuera de los muros de la ciudad renacentista. En este repaso de su vida y obra, Pipitone reconoce la capacidad de Maquiavelo para ponderar el rol simultáneo que desempeña tanto la libertad civil –incluida la protesta popular– como la eficacia gubernamental en la maduración de cualquier sistema político moderno; lejos de las absolutizaciones ligadas a (y derivadas de) las posteriores visiones de Hobbes y Rousseau. Sobre esta misma idea, Pipitone recupera una idea de *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* que reza: “En toda república hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos [...] los deseos de los pueblos libres raras veces son dañosos a la libertad, porque nacen, o de sentirse oprimidos, o de sospechar que pueden llegar a estarlo.”

Si bien *El arte del gobierno* identifica problemas, recupera legados y sugiere agendas, se abstiene de desglosar estas últimas con precisión. Una tarea de ese talante ameritaría el concurso, colectivo y aplicado, de un consorcio de expertos en políticas públicas o el programa de un partido con vocación de poder. El libro reconoce, eso sí, la posibilidad de compaginar, de manera selectiva, aportes de distintas tradiciones políticas –en particular la maquiavélica occidental y la confuciana, en su variante democrática– para responder

1 Véase, del propio Pipitone, *La salida del atraso. Un estudio histórico comparativo*, Ciudad de México, FCE/CIDE, 2020.

2 He abordado recientemente este punto en “Intelectuales, debate y pluralismo en la China actual: un comentario a ‘Ma Wukong’”, revista *Asia/América Latina*, vol. 8, núm. 15, Buenos Aires, Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina/Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe/Universidad de Buenos Aires, 2023.

a los retos del presente. Consciente de que el dogma neoliberal fracasó—porque hemos constatado que una mayor eficiencia a nivel micro no produce, por sí sola y a largo plazo y escala, mayor inclusión y paz social—, Pipitone ve un papel renovado para ciertos políticos como planificadores reformistas de agendas futuras.

En la misma senda de autores como Norberto Bobbio —a quien cita—, Amartya Sen y Martin Wolf, Pipitone propone salvar la democracia sin renunciar al capitalismo: reformando ambos. Para ello, defiende la necesidad de repensar el papel y la forma de un Estado de bienestar dentro de esta era de globalización acelerada y cambio en los patrones demográficos, productivos y consumistas. Insiste, en varios momentos del libro, en la valía de transformar el liberalismo, tornándolo sensible —en ideas y hechos— a los intereses de las nuevas generaciones y capaz de maridar la defensa de la libertad individual con una revitalización del sentido comunitario. Todo ello sin

reeditar utopías arcaicas en sus variantes comunitaristas y populistas.

Subraya el autor —y con él coincidiremos seguramente no pocos lectores— la importancia de reconocer, ponderar, asumir y defender el legado que nos define. Pipitone es enfático cuando señala que comparar los universos confuciano, islámico y occidental no puede (ni debe) realizarse en un plano de igualdad, donde a cada uno se le asigne un mismo peso específico. “El Occidente desarrollado —asegura— es el espacio político y cultural en que la humanidad ha ido más lejos en los terrenos del bienestar, la democracia y el reconocimiento de los derechos de las personas. Y es desde ahí de donde tiene que partir la disponibilidad de aprender lo que haya que aprender de otros universos culturales. Occidente es, en ese sentido, el término y la razón de una reflexión comparativa. El debido respeto a cada cultura no significa desconocer sus alcances históricos y sus distintos desempeños en el reconocimiento de los derechos de

colectividades internamente diferenciadas, así como de los individuos que las conforman.”

Quiénes habitamos Occidente —incluida la Latinoamérica fundada en las premisas culturales occidentales, con los ricos ingredientes del mestizaje y la periferia— tenemos el reto de construir modos de gobernanza que acomoden un mejor equilibrio entre libertad individual y justicia social. Ello sin recrear un espíritu comunitario de moralidad o religión administradas por el Estado, al servicio de los poderosos. Si logramos combinar compromiso democrático, eficacia económica, conservación ambiental y reducción de la polarización social, con ayuda del legado de los clásicos y movilizándolo en nuestras mejores reservas de creatividad y cohesión, el reto identificado en este libro tendrá una respuesta a la altura de la época. ~

ARMANDO CHAGUACEDA es politólogo e historiador, especializado en el estudio de la democracia y los autoritarismos en Latinoamérica y Rusia.

LIBRO DEL MES

HISTORIA

Una España agitada

por José Andrés Rojo



Michael Reid
ESPAÑA
Traducción de Albino Santos Mosquera
Madrid, Espasa, 2024, 456 pp.

La España de la que se ocupa Michael Reid es la de unos años tumultuosos. Enseguida asoma en el libro el fin de fiesta de aquel esplendor económico que se vino abajo con la crisis financiera mundial de 2007-2008. El país quedó a la intemperie y tuvo que recurrir a la Unión Europea para

curar los excesos de una banca que presumía de estar saneada. Unos años antes, el 11 de marzo de 2004, se produjeron los atentados yihadistas en los trenes de cercanías de Madrid, y cuya autoría el gobierno de José María Aznar atribuyó inicialmente a ETA; a los pocos días el PP perdió las elecciones y José Luis Rodríguez Zapatero tomó las riendas de una sociedad convulsionada por el brutal atentado. El 15 de mayo de 2011 las plazas de España se llenaron de los que se reclamaron como “indignados”, que criticaban a un Parlamento que no los representaba. La crisis del bipartidismo estaba servida: Podemos encarnaría poco después la rabia de aquellos días y el hartazgo de unas clases medias muy tocadas por los recortes, y Ciudadanos se proyectaría como una fuerza que hablaba de ocuparse de los problemas reales. El *procés* había arrancado en Cataluña en 2012, y en 2017 se sucedieron sus episodios más enfáticos: la aprobación de las leyes de desconexión del 5 y 6 de septiembre, el referéndum del 17 de octubre, la declaración (momentánea) de independencia el 27 de octubre y la inmediata respuesta del Estado aplicando el artículo 155 de la Constitución para intervenir la autonomía, el discurso del rey, la cárcel para algunos líderes independentistas, la fuga de otros. Aquello

tuvo, para unos, el aire de una gesta heroica y a otros solo les produjo el malestar de verse obligados a asistir a un grotesco espectáculo del que no se podía escapar. Todo fue un enorme farol, llegó a sugerir Clara Ponsatí, una de las protagonistas de aquella embestida que terminó refugiándose en Escocia.

“Desde 2008, España se ha visto zarandeada por una serie de contratiempos y cambios que se han sucedido a gran velocidad y que no han dejado prácticamente ninguna institución intacta”, escribe Reid. Entre las cuestiones que aborda su *España*, hay dos a las que apunta de inmediato: qué es una nación y si una nación requiere “automáticamente un Estado propio”. Parece un viaje al pasado: como si los asuntos que fueron centrales en el siglo XIX se duplicaran de nuevo en el XXI. Aunque no se trate de algo que solo afecta a este país, es el mundo entero el que hoy padece un imponente reverdecer de los nacionalpopulismos. Pero los problemas de España son, además, otros muchos: la corrupción que facilitó la caída de Rajoy en 2018 tras una moción de censura que llevó a Pedro Sánchez a la presidencia, la novedad de un gobierno de coalición que se inició entonces, la peculiaridad de que uno de sus integrantes fuera una fuerza que se proclamaba antisistema. La crisis de la pandemia en 2020. La llegada en 2021 a Ceuta de unas ocho mil personas que querían emigrar a Europa y a quienes Marruecos les abrió las puertas de la frontera. La ley de amnistía que se defiende como la vía para llevar la reconciliación a Cataluña, y que vino después de los indultos a los condenados por el *procés*. Etcétera.

Reid se reclama heredero de aquel entusiasmo por España que experimentaron los viajeros que la recorrieron en el siglo XIX y de toda la legión de hispanistas que fueron llegando más tarde. Ante los primeros toma distancias porque no comparte con ellos los excesos propios del romanticismo (los bandoleros, las gitanas, el primitivismo,

el exotismo, las negruras de una Iglesia cerrada) y considera que España no es ninguna anomalía. Con los segundos comparte la voluntad de explorar una realidad compleja y de liquidar el afán de encerrarla en unos cuantos estereotipos. Uno de los grandes logros de Reid es su brillante capacidad para sintetizar la historia reciente de España (las corrientes que vinieron del XIX, la Guerra Civil, la dictadura de Franco, la Transición) y el proceso de construcción de los nacionalismos vasco y catalán (y gallego, en menor medida). Reid fue corresponsal de la revista británica *The Economist* entre 2016 y 2021, así que tiene los hábitos de ese periodismo que procura quitarse los prejuicios para acercarse a los hechos, que se alimenta al mismo tiempo de un arsenal de datos y de los testimonios que recoge al investigar sobre las cosas que pasan, que pone en cuestión los relatos que arman los políticos y que procura construir el contexto de cuanto ocurre y articular cómo han ido sucediendo las cosas. Conoce bien Latinoamérica —*El continente olvidado. Una historia de la nueva América Latina* es otro de sus grandes libros— y ha escrito también exclusivamente sobre Brasil.

Su *España* sirve como un espejo donde observar los avatares recientes de un país demasiado agitado, y que hoy está roto por la crispación y dividido en dos bloques que parecen condenados a no entenderse nunca. Es necesario, escribe, “reconducir al país por una senda clara de crecimiento económico sostenible y de progreso”, pero sostiene que eso obligará a “reformas y acuerdos de mayor alcance”. “Y atrapados como están en su burbuja, los políticos no parecen ser conscientes de los cambios que se están produciendo en el mundo exterior y que amenazan a España”, añade. Esa observación, como otras muchas, merece tomarse en consideración. Y el libro de Michael Reid ofrece las herramientas para entender por qué. ~

JOSÉ ANDRÉS ROJO es escritor y redactor jefe de la sección de Opinión de *El País*. En 2016 publicó *Camino a Trinidad* (Pre-Textos).



LETRAS
LIBRES

VISITA TAMBIÉN
NUESTRA
PAGINA WEB.

WWW.LETRASLIBRES.COM